

Capítulo 1

2 DE ENERO DE 1492

Ya era de día, pero no hubo amanecer. Una neblina quieta ocultaba a jirones la Vega y dejaba ver los efectos de la tala devastadora y los incendios. El gélido viento que había azotado Granada en días anteriores cesó, y surgió la neblina constrictora que desdibujaba a trechos la ciudad y la oprimía como un sudario; una niebla fina, más fría que el viento y quieta como la muerte.

A las puertas del palacio de invierno, que llaman el Cuarto de los Leones, una formación de pajes, escuderos, oficiales, cadís, muftís y algunos abencerrajes esperaban al rey demudados y hambrientos, sabedores de que era la última vez que le acompañaban investido de majestad. Todos callaban en sus puestos y solo se oía el resoplar inquieto de los caballos, que, de vez en cuando, hacían resonar el suelo con sus cascos. Un paje negro sujetaba las riendas del caballo del rey y otro, a su izquierda, portaba

una bolsa de cuero con las llaves del palacio y de las fortalezas.

Desde el incierto amanecer, llevaban ya dos horas en sus puestos sin que el rey apareciese, por lo que comenzaron a relajar posturas y a hablar quedamente, murmurando conjeturas de si a última hora el reino no se entregaría. Y aún hubieron de esperar algunas horas más mientras los abencerrajes y los muftís abandonaban la formación entrando y saliendo de palacio.

Al fin apareció en el arco de la Puerta de los Siete Sueños la cetrina figura de Mohammed XII, Boabdil, impecablemente vestido de negro real, con la capa ceremonial sobre los hombros y, en la cabeza, el turbante con los signos de la realeza. No se quiso encontrar con ninguna mirada y sus ojos repasaron las leyendas cúficas que ornaban las paredes y los capiteles de las gráciles columnas. Había varias alabanzas a su homónimo, el sultán Abu Abdullah. En las de la galería leyó: «Prosperidad perpetua», «Felicidad», «Bendición». Eso leía en las paredes, pero en su corazón sentía los antónimos. «Loor al Dios único», «Los bienes que poseéis vienen de Dios» y, sobre todo, el repetido lema alhambrense: «Solo Dios es vencedor». Solamente en una de las inscripciones de la galería encontró algo de consuelo, que penetró como una diminuta chispa de luz en sus tinieblas interiores: «Dios es el refugio en toda tribulación». Montó su caballo en silencio y, con un gesto, dio la orden de salida.

Ausente estaba el rey de su cortejo, sus ojos perdidos ya no miraban nada, pero su mente bullía de recuerdos y escenas dolorosas. El día anterior había estado en el Albayzín para hablar de cerca con su pueblo y explicarles las razones de su proceder y la conveniencia de la rendición. Llegó solo, sin la acostumbrada escolta de escuderos y abencerrajes, en

un alarde conjunto de valentía y desesperación para hablar directamente con su gente. Fue la única vez que lo hizo sinceramente, como un creyente más, de igual a iguales, pero no le salió bien, porque ya era demasiado tarde. Había sido el instigador de una sangrienta guerra civil entre facciones que querían hacerse con el poder cuando ya estaban rodeados de cristianos por todas partes. Ahora estaba rodeado de sus partidarios y sus detractores, y todos estaban descontentos. Hubo un gran alboroto y un conato de ataque contra su persona. Recordaba al zegrí que espantó su caballo con gritos de libertad y lucha, y a punto estuvo de tirarle entre la multitud; recordaba a Algassani, el héroe de la resistencia, que le inculpó de cobardía y traición argumentándole que, si hubieran resistido un mes más, el ejército cristiano se habría visto forzado a levantar el sitio y a retirarse sin conquistar la ciudad; pero recordaba más al joven médico con ropas de cristiano que medió entre los gritos del zegrí y la mortal palidez de su monarca.

—¿Cómo osa un renegado —le espetó orgulloso Boabdil, intentando desviar la atención— mediar entre musulmanes?

—Menos cristiano soy que tú —respondió con aplomo el joven, y prosiguió—: ¿Y cómo osa un príncipe musulmán alzarse en armas contra su padre, dividir el reino y derramar la sangre de otros musulmanes para terminar entregando el reino y su gente a reyes cristianos?

La pregunta recorrió sucintamente toda la línea de errores cometidos por ambición y temeridad, por miedo y por intereses personales. Se oyeron gritos de «¡Traidor!», «¡Vendido!», «¡Comerciante de reinos!». Boabdil miró al arrogante joven y preguntó a los más próximos por su identidad.

—Es nuestro médico —dijo en castellano un joven perturbado y con tono de chanza— y se llama el Médico.

Boabdil miró a la multitud tensa de expectación, el zegrí Azaatur, sujetado por sus amigos para que no le atacara, le miraba con ira y aún le gritó:

— ¡Eres un traidor peor que tu padre! ¿Eres un sultán o el perro de los cristianos?

Se hizo el silencio. Todos los presentes tenían algún muerto o herido que reprocharle, y todos estaban cansados tras el prolongado asedio a la ciudad y la hambruna. Boabdil volvió los ojos a Yahia Aljibbis Alhakim, el médico de los pobres, y con voz lastimosa reconoció:

— Sí, es verdad. Confieso haber errado en muchas cosas; en fiarme del enemigo y en alzarme en armas contra mi padre, pecados que los tengo bien pagados. Y hace poco, cuando toda esperanza estaba perdida, es cierto que me senté con el enemigo sin ninguna ventaja, sino conforme a las circunstancias y la necesidad. No entiendo por qué queréis romper la paz que está bien concertada. Porque si todo nos falta: las fuerzas, las ayudas, la provisión y casi el mismo juicio, estamos en el camino de la perdición.

Hablaba con sinceridad, pero temblaba de frío y de miedo. En el silencio helado pareció rehacerse y, dirigiéndose a la multitud, continuó:

— Cuando hay que elegir entre dos males, se escoge el menos malo, como aconsejan los sabios, y eso debemos hacer. Dejad, pues, el alboroto, porque todo lo que tenemos es del vencedor, y lo que consigamos que nos dejen será de agradecer, porque la necesidad aprieta y el enemigo quiere concluir esta guerra sin reparar en nada.

Lo dijo con verdadero tono de pesadumbre, y todos pensaron en sus familias, en sus casas, en sus bienes: «¡Que nos dejen como estamos!», gritó una anciana. «¡Que respeten nuestras tierras y nuestras leyes!», decían otras mujeres, pero

entre los hombres seguía oyéndose «¡Traidor!», «¡Vendido!», «¡Acristianado!», y Boabdil optó por regresar a la Alhambra, seguido de alguna piedra que llegó hasta su caballo.

Subió avergonzado la colina de la Sabika, y ahora, un día después, bajaba avergonzado hasta el extremo, herido como nunca lo estuvo en ninguna batalla, cansado con ese agotamiento infinito que solo puede reparar el sueño eterno. En su abatimiento recordaba los ojos airados del zegrí y de Algassani, y la mirada desafiante y serena de Alhakim. «Ese médico —pensó— debe de pertenecer a ese racimo de familias principales del reino que se hicieron bautizar para asegurar su patrimonio cuando cayó Alhama y vieron el principio del fin». Recordando el rostro del médico, miró un momento al cielo y murmuró: «Salva a mi pueblo», sin saber a quién rogaba, mientras su caballo, a paso incierto, trataba por las pendientes heladas del Mauror.

Ya en el llano, divisó a lo lejos el cortejo cristiano y se apresuró a coger las llaves que les iba a entregar. Tenía las manos frías, pero las llaves le quemaron como cuando era niño le quemó el hielo apretado de los neveros, cuando jugaba a descubrir los pasadizos y las bodegas secretas de la Alhambra. Eran las llaves heladas de un reino detenido, las llaves que cerraban una puerta a la historia. Y él era el elegido por la mano fatal del destino para cerrar esa puerta. Su ambición, su arrogancia, su temeridad cuando le sonreía la fortuna, y su miedo y cobardía cuando estuvo cautivo en Lucena y después en Loja cerraron precipitadamente el ciclo de la decadencia.

Llegó hasta los cristianos, mas no era el cortejo de los reyes, sino un grupo de prelados, con el cardenal primado de España don Pedro González de Mendoza a la cabeza, rodeado de caballeros, clérigos y tropa, que se adelantaban para tomar simbólicamente la Alhambra con ese lenguaje

incontestable de colocar en lo más alto las insignias del vencedor. Llevaban una gran cruz de plata, el pendón de Santiago y el pendón real. Boabdil apenas hizo un gesto de saludo y les dejó ir. Todo estaba perdido, aquella gente entraría en su palacio vacío, en su reino huido, en su paraíso convertido en su infierno, y profanarían su egregia intimidad y sus delicias, trocadas ya en amargura. Se llevó la mano al pecho y el frío de las llaves le cortó el corazón como un filo de hielo. Allí murió realmente, desde entonces solo sería un muerto vivo, o un vivo muerto, un huésped importuno para sí mismo.

Sin casi darse cuenta tuvo ante sí a los reyes cristianos, ataviados con un lujo y una pompa deslumbrantes como nunca antes los había visto. Su mirada perdida adivinó, más que ver, el grupo de rehenes tras los reyes, encabezado por su propio hijo y el alcaide Aben Comixa y su familia, que serían liberados tras la entrega voluntaria y pacífica de la ciudad. En su aturdimiento, no se percató de la intensa felicidad en los rostros de los reyes cristianos. Quiso desmontar para rendirles homenaje, pero el rey Fernando se acercó y se lo impidió amistosamente, momento en que el empequeñecido sultán besó su hombro derecho, y con manos temblorosas le entregó las llaves del reino, al tiempo que decía balbuciendo y sin levantar los ojos del suelo:

—Tuyos somos, rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiados en que usarás con nosotros de clemencia y de templanza.

Las últimas palabras fueron un susurro ahogado, y el rey cristiano se apiadó de él por un instante, mientras le dejaba partir cabizbajo y humillado, camino del destierro.

Cuando cruzó el Genil por el Vado de los Neveros, sintió el alivio de la nulidad; ya no era nadie, solo el soporte de un cúmulo de errores y derrotas. Un poco más adelante

le esperaba su madre, Aixa, llamada la Honesta por su fidelidad inquebrantable a su tradición y sus derechos; ella no quiso asistir al vergonzoso acto de la entrega de su reino, no lo habría podido soportar su dignidad. «Pero yo sí — pensaba el rey sin reino —, yo he de beber hasta la última gota de esta copa amarga que me brinda el destino. Todos los errores de mis aliados y todos los pecados de mi padre caen sobre mí; las traiciones de mi pueblo, su temor y su desesperanza también caen sobre mí; soy el más triste de los hombres».

Tan debilitado estaba tras los ocho largos meses de asedio y hambre que casi se desvanece en su montura, pero un grito inmenso, un alarido de frenesí con miles de gargantas, estalló en el aire como si el mundo hubiera enloquecido repentinamente. Boabdil, traspasado por el aullido de alegría de los cristianos, volvió los ojos a la Alhambra y vio sobre la Torre de Comares la cruz de plata que portaban los clérigos. Eran las tres de la tarde. Las tres de la tarde de un día que no tuvo amanecer, que todo fue ocaso.

Te Deum laudamus, te Dominum confitemur. Te eternum Patrem omnis terrae veneratur... Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus Sabahot... Los cristianos daban gracias al Dios de los ejércitos a voz en grito, desafinando, descomponiendo el canto en aullidos de triunfo.

También Yahia Aljibbis Alhakim miraba el espectáculo desde la terraza de su casa del Albayzín. Todos los vecinos hacían lo mismo: mirar con estupor la cruz de plata, flanqueada por el estandarte de Santiago y el pendón de los reyes cristianos. También en el Albayzín se oían gritos, ayes y alaridos, pero de dolor desesperado. La madre de Yahia, que aún vestía de musulmana, como los siervos y siervas de su casa, se contagió de histeria nerviosa y comenzó a chillar señalando la cruz:

— ¡Es la cruz de Satán! Los diablos están bailando en las almenas...

Yahia la abrazó y le acarició la cabeza mientras decía:

— Cálmate, madre, que no es la cruz del diablo, ni siquiera la cruz de Cristo; es una espada de muerte clavada en el corazón de Al Ándalus.

Con estertores lloró la madre sobre el pecho de su hijo, mientras él le decía palabras cariñosas y comentaba la situación:

— Nosotros lo sabíamos, no debe extrañarnos, solo estamos asistiendo al cumplimiento de un destino previsto hace años. Pero no te preocupes, madre: nuestro rey desgraciado ha conseguido de estos reyes garantías de libertad y de respeto para los naturales de Granada. No te quedarás sin sirvientas ni amigas, todos permaneceremos aquí mientras el cielo nos cobije. Y da lo mismo —concluyó— obedecer a un rey cristiano que no es cristiano o a un rey musulmán que no es musulmán.

— Es verdad, hijo; eso mismo decía tu padre cuando nos aconsejó el bautismo, pero ¡qué días tan tristes para celebrar tu boda!

— Ocupate de ello, madre, que va a ser como la boda de un príncipe.

La madre se fue algo más consolada al interior de la casa y Yahia y sus amigos siguieron observando el ajeteo en los baluartes y las torres, el ir y venir de yelmos y de hábitos por los adarves tomando posiciones. Miles de ojos contemplaban calladamente la profanación cuando, desde unas terrazas más allá, llegó nítido el lamento de una canción. Yahia reconoció a su amigo Ben Baqui, el de la hermosa voz, que entonaba con emoción contenida la canción prohibida por Boabdil con pena de muerte a quien la cantara, porque hacía cundir el

desánimo en la población y desmoralizaba a las tropas. Ben Baqui cantaba con su mejor timbre de voz *¡Ay de mi Alhama!*..., una canción tan hermosa y dolorosa que agrieta los corazones y desmenuza el alma de nostalgia y pesadumbre por la pérdida de Alhama, en la triste fecha que algunos, certeramente, computaron como el principio del fin:

*Habéis de saber, hermanos,
una nueva desdichada,
que cristianos de braveza
ya nos han quitado Alhama.
¡Ay de mi Alhama!
Así habló un alfaquí
de barba crecida y cana;
bien se te emplea, mal rey,
mal rey, bien se te empleara.
¡Ay de mi Alhama!
Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada:
que te pierdas tú y tu reino
y aquí se pierda Granada.
¡Ay de mi Alhambra!...*

Eran las tres de la tarde de un interminable día sin amanecer, un día frío de enero que congeló ocho siglos de historia bajo el lamento de una canción que vibraba en el aire estremeciendo los corazones. Ni un pájaro en el cielo. La niebla se densificaba, parecía el anochecer. Los amigos se fueron. Yahia Aljibbis Alhakim lloraba en silencio.

Capítulo 2

LAS CAPITULACIONES

En los días posteriores, no cesó la agitación en la ciudad y en la Alhambra. Por las callejas del Albayzín había más soldados que vecinos, y Yahia y Ben Baqui bajaban por la cuesta de la Caaba conversando animadamente.

—¿Es que ellos no tienen pregoneros? —decía Ben Baqui—. ¿Tengo que ser yo, el almuédano de la aljama, el que ha de ponerse a su servicio?

—Ellos no hablan árabe. Y no estás a su servicio, es un servicio a nuestra gente.

—Pero ya están escritas; en la madraza se pueden ver, y en todas las casas y en todas las mezquitas no se habla de otra cosa.

—Hay gente que no sabe leer y gente que no va a las mezquitas, y judíos, y elches* ; a todos nos incumben las ca-

* Cristianos convertidos al islam.

pitulaciones. Yo las he traducido escrupulosamente —le mostró los pliegos enrollados— y no hay mejor voz que la tuya para lanzarlas al aire. No te pongas gruñón; eres mi mejor amigo y casi mi hermano, y no quiero en la familia un miembro quejoso.

—Yahia —dijo Ben Baqui deteniéndose y mirando seriamente a su amigo—, ¿por qué no estás asustado? ¿Qué sabes que nosotros no sepamos? Tu padre era amigo de los cristianos y tú vas por el mismo camino, ¿por qué? El enemigo acaba de ocupar nuestro reino y tú estás tan tranquilo. ¿Qué sabía tu padre de todo esto?

—Nada sabía más que tú o más que yo acerca de lo que está ocurriendo —dijo Yahia reanudando la marcha—, pero conocía la historia de muchos reinos y podía prever el comportamiento de la gente, reyes o esclavos. Es más, mi padre era bastante pesimista respecto al futuro de este reino. Pido sinceramente a Dios que mi padre estuviera equivocado. Y, al menos, eso parece; las capitulaciones garantizan todas nuestras libertades, leyes y religión. La única diferencia estriba en que la recaudación de nuestros impuestos irá a las arcas del tesoro de Castilla en lugar de a la Alhambra.

—No te gustaba Boabdil... —dijo Ben Baqui volviendo a una vieja polémica entre ellos, pues él era del partido de la Honesta.

—No se trata de eso, hermano; te estoy hablando de nosotros, de mi padre, de la situación que tenemos ahora. Por muy legítimo que sea, Boabdil ya no es rey. Y mi padre lo sabía. Por muchas cruces que pongan en las torres, nosotros gozamos de total libertad, que eso no lo sabía mi padre. Confío en que su equivocación sea para siempre y yo pueda volver a vestirme y a vivir como musulmán, pero para eso

hemos de ver bien establecidas y perdurables estas capitulaciones que vas a proclamar ante el pueblo de Granada.

Llegaron a Bib Rambla y toda la plaza estaba tomada por escuadrones de soldados. En una de las esquinas, un grupo de clérigos y caballeros, rodeados de piqueros y arcabuceros, conversaban con el muftí de la mezquita aljama y con los jefes de las cabilas. Hacia ellos se dirigió resueltamente Yahia entre la multitud. Ya próximos, Ben Baqui preguntó:

—¿Quién es ese que habla con el cura?

—No es un cura, es el arzobispo Talavera, y el que habla con él es Sidi Yahya, al que ahora llaman don Pedro de Granada Benegas, como a mí me llaman Juan Aljibbis el Médico.

—Pero ¡ese es el traidor! ¡El que entregó Baza al enemigo!

Yahia Aljibbis continuó imperturbable:

—Fray Talavera quiere conocerme a mí; y Sidi Yahya, a ti. Si hablas con él, llámale don Pedro, ahora es don Pedro de Granada.

—No pienso mirarle —dijo Ben Baqui por lo bajo, pues ya estaban cerca.

Sidi Yahya era grande y ostentoso. Con voz gruesa, se dirigió a Yahia Aljibbis:

—¡Maese Juan, bienvenido a esta gran asamblea! —Besó y palmoteó efusivamente a Yahia mientras le preguntaba por la familia, momento que aprovechó Ben Baqui para darles la espalda y acercarse al arzobispo, que le sonreía amistosamente.

—Vos debéis de ser el almuédano; *assalam aleikum*, Sidi.

—*Aleikum salam*, arzobispo —contestó sorprendido Ben Baqui.

En esas cortesías estaban cuando llegó un piquero que comunicó algo a Sidi Yahya, y este se excusó ante todos con un amplio gesto y, a modo de explicación insoslayable, dijo: «El rey», y se marchó entre picas. Ben Baqui respiró aliviado.

—Dios guarde a nuestro arzobispo —dijo Yahia besando las manos sin anillos del prelado.

—Y Dios guarde por muchos, muchos años a nuestro buen médico Juan Aljibbis —respondió el arzobispo sin dejar de sonreír afablemente, pero con la nariz y los ojos rojos de frío.

Con un gesto amigable y absolutamente inapropiado, el arzobispo puso sus brazos sobre los hombros de Yahia y Ben Baqui y echó a andar hacia la tribuna situada en un lateral de la plaza. No pareció molestarle abrir su capa, que le protegía del vientecillo helado, parecía más bien que de ellos recibía calor y confianza.

—Con vosotros —les decía el arzobispo— y con gente como vosotros, podemos seguir viviendo en paz, cada uno en su sitio y sin molestarnos mutuamente. Antes al contrario, debemos dar al mundo ejemplo de convivencia enriquecedora en todos los aspectos humanos. En la historia de Al Ándalus hay periodos gloriosos de esta convivencia ejemplar.

—Nosotros estamos bien dispuestos a ello, eminencia —decía Yahia—. Esa es nuestra esperanza, somos los vencidos y...

—No —interrumpió el arzobispo—, no debemos hablar de vencedores y vencidos, de conquistadores y conquistados. Ese lenguaje establece una separación entre unos y otros, debemos ser y actuar como una unidad cohesionada entre dos grandes familias, y casi tres, no olvidemos a nuestros mayores en la fe, los judíos...

En tanto que el arzobispo hablaba confiadamente a los dos amigos, la plaza se llenaba de gente, de tal manera que los piqueros que rodeaban la tribuna terminaron por abandonar sus puestos, empujados por una multitud expectante y aterida de frío. Había racimos de familias enteras con sus chiquillos, mucha gente mayor y grupos de jovencuelos arrogantes que bromeaban y se pavoneaban suponiéndose por encima de las circunstancias. Hubo un revuelo y, entre picas, apareció don Pedro de Granada, quien, con decisión, abordó la tarima de la tribuna y, gesticulando con los brazos, dijo:

—Vamos, es la hora. —Y ocupó su silla.

—¿No iba a venir el rey? —preguntó el arzobispo.

—No, tiene trabajo —dijo don Pedro por decir algo.

El arzobispo y don Pedro ocupaban el centro de la tribuna; a ambos lados, caballeros y cadís, y los jefes de las principales cabilas con todas sus armas relucientes. Yahia entregó los pliegos de las capitulaciones a Ben Baqui, que se dirigió al centro del estrado y allí se quedó por unos instantes en silencio, traspasado por miles de ojos y esperado por miles de oídos. En el frío silencio de la mañana, se oían las toses y el rumor del aire. Ben Baqui continuaba en silencio, abstraído en algo indefinible; ante sí tenía a su pueblo, todo su pueblo, los fieles, los traidores, los principales, los pobres, ahora todos unidos, rodeados de picas.

Don Pedro de Granada, impaciente, iba a decir algo cuando la hermosa voz de Ben Baqui llenó el silencio recitando: «En el nombre de Dios, el más clemente, el compasivo. Todas las alabanzas al Señor de los mundos, el rey del Día del Juicio...».

Don Pedro se removió molesto en su silla y observó que el arzobispo le miraba y le hacía un imperceptible gesto

de templanza. La voz de Ben Baqui recitando la Puerta del Corán encendía de fe los rostros y algunos lloraban sin contener la emoción. Era una declaración de principios en aquellos días finales; estaban vencidos, pero allí estaban, orgullosos de proclamar su fe y su identidad. Ben Baqui supo hacerlo, asumió el sentir de todos y derramó sobre el pueblo la bendición de su voz proclamando una fe inquebrantable.

Cuando concluyó la recitación de Al Fátiha, muchos lloraban rezando, otros daban gracias y proferían exclamaciones de alabanza riendo entusiasmados, y de entre los más jóvenes surgió el grito de «*Allahu Akbar!*», que es un reconocimiento de la grandeza de Dios, pero con ese grito habían comenzado muchas guerras, y don Pedro se sintió aún más incómodo, casi amenazado. El grito se contagió y toda la plaza fue un clamor desafiante, hasta que Ben Baqui levantó la mano pidiendo silencio, y con su potente voz comenzó la lectura de las capitulaciones:

Que sus altezas reales y sus sucesores para siempre jamás dejarán vivir al rey Boabdil y a sus alcaides, cadís, muftís, alguaciles, caudillos y hombres buenos y a todo el común, chicos y grandes, en su ley, y no les consentirán quitar sus mezquitas, ni sus torres, ni sus almuédanos, ni les tocarán los bienes y rentas que tienen para ellas, ni les perturbarán los usos y costumbres en que están.

Que los moros serán juzgados en sus leyes y causas por el derecho de la Sharía que tienen costumbre de guardar, con parecer de sus cadís y jueces.

Que no les tomarán ni consentirán tomar ahora ni en ningún tiempo para siempre jamás sus armas ni sus caballos.

Que a los moros que se quisieren ir a Berbería o a otras partes, les darán sus altezas pasaje libre y seguro con sus

familias, bienes muebles, mercaderías, joyas, oro, plata y todo género de armas.

Que no se permitirá que ninguna persona maltrate de obra ni de palabra a los cristianos o cristianas que antes de estas capitulaciones se hubiesen vuelto moros, y que si algún moro tuviere alguna renegada por mujer, no será apremiada a tornar cristiana contra su voluntad.

Que los jueces, alcaldes y gobernadores que sus altezas hubieren de poner en la ciudad de Granada y su tierra serán personas tales que honrarán a los moros y los tratarán amorosamente, y les guardarán estas capitulaciones; y que si alguno hiciere cosa indebida, sus altezas lo harán mudar y castigar.

Bén Baqui continuó infatigable confirmando derechos y libertades firmados y sellados «para siempre jamás» por los reyes cristianos y el rey Boabdil. Cuando terminó la lectura, la gente comenzó a dispersarse con un sentimiento de alivio y de dignidad reconocida: su identidad estaba a salvo; su orgullo, intacto. Podían irse raudos a calentarse en sus hogares.

—¿Y ahora qué, hermano? Ahora soy yo el que pregunta —decía Yahia a su amigo subiendo de regreso al Albayzín—: ¿por qué vas tan serio? Todo el pueblo está satisfecho con estos acuerdos de los reyes. ¿Por qué tú no estás contento?

—No sé, Yahia, pero ese texto no me convence; demasiadas concesiones, demasiado celo por nuestra identidad y nuestra intimidad, demasiadas promesas «para siempre jamás», y poco después, nos invitan a marcharnos a Berbería. Primero nos dejan libres donde estamos y dueños de lo que tenemos, y luego nos invitan a marcharnos y a llevarnos lo que podamos. Si eso ocurre ahora, ¿qué podrá ocurrir después?

—No es una invitación a marcharnos, es...

—Sí, la declaración de un derecho, ya..., pero con un plazo de tres años. ¿No te parece contradictorio, extraño?

Yahia le dio una palmada en la cara diciendo:

—Más que mi mejor amigo pareces mi padre. —Y se puso serio de repente.

—De cualquier manera —le contestó Ben Baqui, ya en la puerta de su casa, a modo de despedida—, yo también deseo que tu padre no estuviera en lo cierto y que mis sospechas sean equivocadas.

Alhakim continuó ascendiendo hacia su casa. Poco antes de llegar, se encontró con un grupo de jóvenes, entre los que reconoció a Azaatur el Zegrí, que le saludó exultante:

—No podrán con nosotros, Yahia. El almuédano ha sido valiente. ¡Y hasta el rey ha huido!

—¿Qué dices, Azaatur? ¿Qué rey?

—El extranjero, ya no tenemos otro rey. Venía a asistir a la reunión de la plaza, pero al entrar en la ciudad, empezó a salir mucha gente de todas las casas y en un instante cortaron el paso. Parecía accidental, pero el rey se dio cuenta de que no era bien recibido y volvió grupas a Santa Fe. Nos temen, Yahia; mientras nos teman, nos respetarán.

—Qué triste y qué frágil equilibrio —dijo lenta y seriamente Yahia, y a todos los dejó pensando mientras él se dirigía a la puerta verde, que era la entrada por el huerto y el jardín al interior de la casa.